

de maíz en las partes mas bajas, de cacao, que allí lo mismo que en México, servia para hacer una bebida y quizá tambien de moneda. Como el cultivo de estas plantas exige que se las riegue frecuentemente, todo el terreno estaba atravesado por canales y estanques que impedian recorrerle sin gran fatiga y dificultades. No obstante, habia un paso estrecho ó calzada por la cual se podia hacer pasar un cañon.

Mas de una legua caminaron las tropas sin que se presentase el enemigo. La estacion era ardiente, pero pocos soldados resintieron fatiga de reportar la pesada coraza que se usaba en aquel tiempo. Las jaquetas perfectamente acolchonadas de algodón, ofrecian bastante defensa contra las saetas de los indios y dejaban al mismo tiempo la libertad y soltura que se requiere para vagar por entre los bosques.

Por último, se presentaron á la vista de las espaciosas llanuras de Ceutla, donde descubrieron la oscura línea enemiga, que segun se veia, se extendia á lo largo de todo el horizonte. Los indios habian tenido cierta sagacidad al elegir su posicion, y como además los fatigados españoles venian lentamente haciendo ruido al atravesar los pantanos, los tabasqueños les apercibieron desde lejos y arrojando sus gritos de guerra, arrojaron sobre ellos una descarga de saetas, piedras y otros proyectiles, que resonaron como el granizo al herir contra los escudos y yelmos

de los españoles. Muchos de estos quedaron gravemente heridos antes de poder llegar á tierra firme; pero luego que consiguieron ganar un espacio estrecho donde situarse, empezaron á hacer un activísimo fuego de artillería y mosquetería sobre las gruesas columnas de indios, que sufrieron de las balas, fatales estragos. Cada descarga barria á gran número de indios; pero ellos, atrevidos y tenaces, lejos de desalentarse, arrojaban polvo y hojas con que ocultar su pérdida, y al son de sus instrumentos guerreros, correspondian las descargas de fuego con nubes de saetas.

Despues de estrechar á los españoles y de darles una carga vigorosa, retrocedieron súbitamente, agitando como las olas del mar, y parece que se preparaban á agobiar al pequeño bando de sus contrarios, con la inmensidad de su número. En tal apuro, apenas tuvieron tiempo los españoles de hacer las evoluciones necesarias y de disponer convenientemente sus cañones.¹

El combate se suspendió por mas de una hora, durante la cual los conquistadores que estaban en gran conflicto, aguardaban con impaciencia para que los sacasen de tan duro aprieto la llegada de los ca-

¹ Las-Casas, op. cit. ubi supra. Gomara, Crónica, caps. 19, 20. Herrera, Hist. Gen. Dec. 2, lib. 4, cap. 11. Mártir, de Insulis, pág. 350. Ixtlilxochitl, Hist. Chichi., MS. cap. 79. Bernal Diaz, op. cit. cap. 33, 36. Carta de Veracruz, MS.

ballos, los cuales se habian detenido por causas inexplicables. Estando en esta crisis, vieron los españoles que las columnas enemigas mas distantes se agitaban desordenadamente y que este movimiento se propagaba rápidamente á todo el ejército. A muy poco de esto llegó á los oídos de los cristianos el sagrado grito de guerra usado entre ellos: "Santiago y San Pedro," y descubrieron á la caballería cristiana cuyos brillantes yelmos y relucientes espadas reflejaban los rayos del sol poniente al atravesar por entre las filas enemigas, entre las cuales esparcía el terror y el estrago por donde quiera que pasaba. Los ojos de la fé llegaron á ver tambien al mismo santo patrón de España, montado en su caballo de batalla, acudiendo al socorro de sus devotos, y pisoteando los cadáveres de los vencidos infieles.¹

Lo muy quebrado del terreno habia estorbado á Cortés llegar mas antes. Cuando llegó al campamento de los indios, estos no le habian sentido; así es que se vieron prontamente envueltos. Mandó á su gente que dirigiese los lanzazos á la cara de los enemigos,² los cuales aterrados con la súbita aparición

¹ Ixtlilxochitl, Hist. Chichi, MS. cap. 79. «Cortés suponía, dice Pizarro y Orellana, que su santo tutelar era San Pedro; pero la mas general y mas cierta opinion, que no era San Pedro sino nuestro glorioso apóstol Santiago, valuarte y salvaguardia de nuestra nacion.» (Varones ilustres, pág. 73) «Como yo soy pecador, exclama el honrado Bernal Diaz mostrando cierto espíritu de duda, no me fué permitido ver en esta ocasion á ninguno de los santos apóstoles.» Historia de la Conquista, cap. 34.

² El lector recordará que fué tambien la orden dada por César en la batalla con Pompello.

de aquellos séres monstruosos pues que suponian que caballo y ginete era un mismo animal, huyeron poseidos de un terror pánico.¹ Ordaz, aprovechando este momento de confusion, mandó dar una carga cerrada sobre toda la línea enemiga; mas los indios huyeron sin oponer ya resistencia ninguna, y aun muchos de ellos arrojando sus armas.

Cortés estaba tan contento de la victoria, que no se cuidó de perseguir al enemigo, teniendo su acero en sangre de fugitivos. Retiró su tropa á un bosque de palmas que circuía á la plaza, y bajo su ancha sombra tributaron todos una accion de gracias al Altísimo por la victoria que acababa de concederles. El sitio de la batalla fué despues el asiento de una ciudad, que se llamó en memoria de aquel dia *Santa Maria de la Victoria*, que fué mucho despues la capital de la provincia.² El número de los que pelearon y murieron en esta batalla, es enteramente dudoso, pues nada es en verdad mas incierto que los cálculos numéricos de los bárbaros; cálculos que no pueden ser rectificadas cuando, como en el caso presente, los transmiten enemigos. Los mas convienen

«Adversos qui jubet ferro confundere
Vultus.»

Lucan, Pharsalia. lib. 7, v. 575.

¹ «Equites,» dice Pablo Giovio, «unum integrum centaurorum specie acimal esse existimarent.» Elogia virorum illustrium. (Basilea, 1696.) lib. 6, pág. 292.

² Clavijero, Hist. de Mexico, tom. III, pág. II.

en que el ejército de los indios se componia de cinco escuadrones de á ocho mil hombres cada uno. Mas en cuanto al número de muertos no hay tanta conformidad, pues varian los cómputos desde mil hasta treinta mil. En medio de tan enorme discordancia, debemos creer, atendida la gran propension á exagerar, que el cómputo que mas se acerca á la verdad es el mas pequeño. La pérdida de los españoles fué insignificante, pues (si habiamos de creer á sus propias noticias, igualmente indignas de fé que las anteriores) no tuvieron mas que dos muertos y menos de cien heridos. Fácilmente comprenderemos cómo opinaban los conquistadores, cuando declaran "que seguramente peleó el cielo en defensa de su causa, puesto que jamas habrian podido por sí y sin una ayuda divina, prevalecer contra tamaña multitud de enemigos."¹

Muchos prisioneros cayeron en la batalla, entre ellos dos gefes, á los cuales dió Cortés la libertad, mandando por medio de ellos á sus compatriotas un mensaje en el cual les decia: "que olvidaria todo lo

¹ «Crean Vuestras Reales Altezas, por cierto, que esta batalla fué vencida mas por la voluntad de Dios que por nuestras fuerzas, porque para con cuarenta mil hombres de guerra, poca defensa fuera cuatrocientos que nosotros éramos. Carta de Veracruz, MS. Gomara, Crónica, cap. 20. Bernal Diaz, op. cit. cap. 35. Las-Casas es quien arreglando como lo tiene de costumbre sus matemáticas segun sus sentimientos, hace subir la pérdida de los indios á la exorbitante suma que decimos en el texto. «Tal fué, concluye secamente, la primera predicacion del evangelio que hizo Cortés en la Nueva-España.» Op. cit., ubi supra.

pasado siempre que se le presentasen al punto y le jurasen sumisa obediencia; pero que de otra manera, talaria la tierra y pasaria á cuchillo á todo ser viviente, ya fuera hombre, mujer ó niño." Los enviados partieron, resonando sin cesar en sus oídos, aquella formidable amenaza.

Los tabasqueños no tenian aliento para resistir por mas tiempo. Al dia siguiente se presentó á Cortés una comision de gefes subalternos vestidos de luto, que venian á manifestar su abyecta condicion y á implorar que se les permitiese enterrar á sus muertos. El general se los concedió, asegurándoles de mil maneras la favorable y amistosa disposicion en que se hallaba hácia ellos; pero al mismo tiempo les dijo que esperaba que viniesen los principales caciques, ó que de otra manera no volveria á tratar. Pronto se presentaron ellos con gran séquito de vasallos que le siguieron con tímida curiosidad, al campo cristiano. Entre los presentes propiciatorios, estaban veinte esclavas, una de las cuales fué de muchísima mas utilidad de lo que se esperaban tanto los tabasqueños como los españoles. Pronto se restableció la confianza y comenzó á entablarse un amistoso tráfico, en el cual los españoles trocaron algunos diges por los toscos artículos de comodidad que proporcionaba el país, por bastimentos, algodón y unos que otros adornos de oro de poca valía. Cuando les preguntaron de dónde sacaban sus metales pre-

ciosos, señalaron hácia el Occidente y respondieron: "México, Colhua." Los españoles conocieron que no era el lugar donde estaban á propósito para comerciar, ni para detenerse; sin embargo, no estaban lejos de una opulenta y poderosa provincia, ó por lo menos de lo que lo habia sido en otro tiempo, el antiguo Palenque. Pero su gloria, aun entones habia ya desaparecido, y su nombre estaba ya olvidado de las naciones que lo rodeaban.

Antes de partir, no descuidó el comandante español, uno de los principales objetos de su expedicion, la conversion de los gentiles. Manifestó á los caciques que quien le habia enviado allí era un alto y poderoso monarca que estaba al otro lado de las aguas, al cual debian prestar desde luego obediencia y vasallaje. Rogó á los reverendos Olmedo y Diaz que alumbrasen lo mas pronto posible el entendimiento de aquellos gentiles con las grandes verdades de la revelacion, y que les instasen para que abrazasen y renunciassen á su abominable paganismo. Los tabasqueños cuyas pèrcepciones se habian seguramente avivado mucho con la dura leccion práctica que acababan de recibir, no mostraron resistencia á nada de esto. Siendo el dia siguiente Domingo de Ramos, el general resolvió solemnizar la conversion de los indios con una de esas pomposas ceremonias de la Iglesia, que pudiese hacer en sus ánimos una impresion duradera.

Se formó una procesion solemne con todas las tropas á cuya cabeza iban los eclesiásticos, llevando cada soldado una palma en la mano. El concurso fué aumentado por millares de indios de ambos sexos que presenciaban aquel espectáculo con curiosidad y asombro. Las largas filas se encaminaron pasando por floridos prados del campamento al templo donde se habia erigido un altar, y puesto la imagen de la Santísima Virgen y del Divino Salvador en el lugar mismo donde estaba antes la deidad pagana. Celebró el sacrificio de la misa el padre Olmedo, acompañándole en sus cánticos todos los soldados que estaban capaces de hacerlo. Los naturales los oian en el mas profundo silencio, y aun si hemos de creer al cronista que refiere este suceso y que lo presencié, se desataron en lágrimas al mismo tiempo que se penetraban sus corazones de miedo reverente hácia el Dios de aquellos seres formidables que tenian en sus manos el trueno y el relámpago.

La comunión católica tiene indudablemente ventajas sobre la protestante, en lo que mira á la facilidad de ganar prosélitos. La pompa deslumbradora de sus ceremonias y sus eficaces recursos para mover la sensibilidad, afectan mucho mas profundamente al inculto hijo de la naturaleza, que no las frias abstracciones del protestantismo, las cuales pa-

1 Gomara, Crónica, caps. 21, 22. Carta de Veracruz, MS. Mártir de Insulis, pág. 351. Las-Casas, op. cit., ubi supra.

ra ser comprendidas exigen cierto grado de cultura y aun de refinamiento intelectual. Además, el gran respeto que muestran los católicos á la imágen material de la Divinidad, contribuye demasiado á aquel fin; aun cuando tales exterioridades solo las usen como incentivos, mas no como objetos del culto. Pero el salvaje es incapaz de hacer esta sutil distinción: él ve que los objetos de adoracion son muy parecidos á los suyos propios, y esto basta para dominarle y subyugarle fácilmente. Lo que únicamente se necesita, es que en vez de tributar culto á la imágen de Quetzalcoatl, la deidad benévola que habitó entre los hombres, lo tribute á la de la imágen del Redentor, que en vez de adorar á la cruz, emblema del Dios de las lluvias, adore á esta misma cruz, símbolo de salvacion.

Terminadas estas ceremonias, se dispuso Cortés á volver sus naves, plenamente satisfecho de las conversiones y conquistas que en gloria de la religión y provecho de la corona, acababa de verificar. Los soldados, despues de despedirse de sus amigos los indios, entraron en sus esquifes llevando palmas en las manos; y volviendo á bajar el rio, se entraron en sus navíos anclados á la boca de aquel. Soplabá entonces una grata brisa, y la navécilla, abriendo sus velas para recibirla, volvió á emprender luego su camino hácia las doradas playas de México.

CAPITULO V.

Viaje por la costa.—Doña Marina.—Arribo de los españoles á México.

Entrevista con los aztecas.

(1519.)

La flota siguió su curso costeando la playa tan cerca, que los habitantes podían descubrirla desde tierra; y al pasar por las playas sinuosas del golfo de México, los soldados que habían pertenecido á la primera expedición, iban señalando á sus compañeros los lugares notables. Aquí estaba el *Rio de Alvarado*, llamado así en memoria del valeroso aventurero que ahora venia en la expedición; allí el *Rio de Banderas*, donde había hecho Grijalva tan lucrativo tráfico con los mexicanos: mas adelante la *Isla de Sacrificios*, en la cual encontraron los españoles